Ciencia Política y Política: sobre la persona y obra de Dieter Nohlen*

MARIO FERNÁNDEZ BAEZA
mfernandez@chilealemania.de

El 18 de febrero del 2005 el Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Heidelberg invitó a una ceremonia solemne para despedir al Profesor Dr. Dieter Nohlen, quién pasó a la calidad de Profesor Emérito en razón de cumplir 65 años de edad. En el Aula Antigua de esta universidad medieval y con la presencia del Rector, Profesor Dr. Peter Hommelhoff, Dieter Nohlen recibió la Medalla de la Universidad y el tributo de distintas generaciones de profesores y estudiantes que se reencontraron en torno a su colega y maestro.

A continuación se reproduce el texto de la conferencia pronunciada en esa ocasión, con ajustes menores desde su versión en alemán y con notas de pie de página y subtítulos agregados.

I. Introducción

En el semanario “Die Zeit” del 22 de diciembre de 2004, la Universidad de Heidelberg publicó un aviso de concurso para la cátedra de Ciencia Política que dejaría vacante Dieter Nohlen al jubilarse por razones de edad. Junto a los requisitos académicos de rigor, el aviso precisó que el sucesor de Nohlen debería representar a la asignatura Ciencia Política “en su amplitud”.

- ¿Qué significa la expresión “su amplitud” en ciencia política?
- ¿Cuál “amplitud” de la asignatura representó Dieter Nohlen en sus tres décadas como profesor en Heidelberg?

Rodeados de la magnífica atmósfera que proporciona esta Aula Antigua de nuestra Universidad, quisiera ocuparme de estas dos preguntas en esta tarde de solemne retiro académico de mi maestro, colega, y

* Este trabajo es una fiel reproducción, publicado en la Revista de Ciencia Política 25/Nº 1/2005, Universidad Católica de Chile, pp. 261-270.

siempre amigo. Quiero expresar mi gratitud por invitarme a exponer en este acto, vinculando la obra de Dieter Nohlen con un dilema clásico de nuestra asignatura, la relación política y ciencia política, que nuestro homenajeado afrontó en sus treinta años de cátedra con sabiduría y sentido de las proporciones, en la teoría y en la práctica.¹

II. Amplitud formal: subdisciplinas y métodos de la ciencia política

¿Cuál es la amplitud de la ciencia política? En su contenido formal, pareciera ser que ella es clara e indiscutible. En Alemania existe un catálogo estandarizado de cuáles áreas incluye la asignatura, que sirve de base para la malla curricular, las especializaciones de sus docentes, los temas de la tesis de doctorado y las materias exigibles en los exámenes. Así, basándose en la estructura propuesta por la UNESCO en 1950, la disciplina abarca desde la teoría política hasta la política internacional, pasando por el estudio de las instituciones, de la política comparada y de las *policies*. Además, junto a los campos de la disciplina mencionados, debemos entender también como perteneciente a “su amplitud” los enfoques, teorías y métodos de la politología, una de cuyas introducciones hasta hoy clásica y vigente, fue elaborada en esta ribera del Neckar por Klaus von Beyme a principios de los años 70.²

Toda esta dimensión formal de la disciplina fue cultivada por Dieter Nohlen en la docencia y en la investigación.

En el nivel de la teoría se ocupó a fondo de las teorías del desarrollo y los métodos comparativos, campos cercanos entre sí y polémicos en sus implicancias prácticas. Las repetidas ediciones de los manuales y enciclopedias politológicas de su autoría o edición,³ representan

¹ Dieter Nohlen fue profesor de ciencia política en la Universidad de Heidelberg desde 1974 hasta el semestre de invierno 2004–2005, pero antes fue ayudante–alumno y asistente en esa misma universidad desde inicios de los años 60.

² Véase Klaus von Beyme: *Teorías políticas contemporáneas*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1977 (Primera versión alemana, *Politische Theorien der Gegenwart*, Opladen, 1972).

³ Sobre este tipo de obras, véase: “*Lexikon der Politik*” (Enciclopedia de la Política), en siete tomos, con diferentes co–editores, y en una versión resumida en tres ediciones; también: “*Lexikon Dritte Welt*” (Enciclopedia del Tercer Mundo), en cinco ediciones desde 1984.

una muestra de permanente preocupación sobre estas dos áreas, ampliada en decenas de monografías rigurosas y perdurables. Así, penetrando en las interrogantes medulares de tales temas, a principios de los 70 Nohlen afrontó la interrogante: ¿Qué es desarrollo? y advirtió sobre los peligros de generalizar comparaciones desde las teorías de la dependencia y de la modernización, tan en boga en aquellos tiempos. Treinta años después, a principios del siglo XXI, trasladó tales preocupaciones dentro del nuevo contexto de la globalización, manteniendo su alegato por una comparación rigurosa de lo “verdaderamente comparable”.⁴

Pero seguramente donde Nohlen ha dejado su huella más nítida y original, es en el estudio de las instituciones y de los sistemas políticos comparados. Desde luego su monumental obra sobre los sistemas electorales, desplegada en tres libros de varias ediciones y en decenas de artículos e innumerables participaciones en seminarios, constituye su principal contribución a la ciencia política internacional, sobre la cual volveremos más adelante.⁵

Asimismo, es notable su extenso seguimiento a la comparación de regímenes políticos, en cuatro décadas de dramáticos cambios empíricos en todo el mundo.⁶ Nohlen siguió toda esta compleja transformación, que no ha sido sino el gradual establecimiento de la democracia, manteniendo inalterable su fidelidad a un enfoque histórico empírico, sin caer nunca en tentaciones generalizadoras que no consideraran las variables tiempo y espacio: cuándo y dónde tienen lugar los fenómenos estudiados. La persistencia en sostener esta posición metodológica no era fácil especialmente hace un par

⁴ Sobre este tema considérese el tomo inicial del “Handbuch der Dritten Welt” (Manual del Tercer Mundo) editado por Nohlen y Franz Nuscheler en tres ediciones entre 1974 y 1992 (8 tomos) y el artículo “Percepciones sobre la democracia y desarrollo político en América Latina”, en: Transparencia (ed.): “Democracia en América Latina y el Caribe: Análisis y evaluación”, Lima, 2003, pp. 145–173.

⁵ Véase en idioma español “Sistemas electorales del mundo” (Madrid, 1981) y “Sistemas electorales y partidos políticos” (FCE, México, tres ediciones 1994, 1998 y 2004).

⁶ En idioma español véase: “La trilogía. Sistema de gobierno, sistema electoral y sistema de partidos”, en: Cuadernos Capel, 41, San José, 1996; con Mario Fernández (eds.): a) “Presidencialismo vs. Parlamentarismo en América Latina”, Nueva Sociedad Caracas, 1991, b) “El presidencialismo renovado. Instituciones y cambio político en América Latina”, Nueva Sociedad, Caracas, 1998; con Klaus von Beyme: “Systemwechsel” (Cambio de sistema) en: D. Nohlen (ed.) “Wörterbuch Staat und Politik” (Diccionario Estado y Política), Bonn, 1995, pp. 765–776.

de décadas, cuando la falta o el exceso de gravitación de esas dos variables dominaban en la investigación politológica.

Totalitarismos y autoritarismos, transición y consolidación de la democracia, presidencialismos y parlamentarismos, sistemas mayoritarios y proporcionales, partidos políticos aquí y allá, han sido los campos de batalla conceptuales y metodológicos en los que Dieter Nohlen se ha batido 40 años contra las modas y tentaciones, sólo provisto de las armas de la rigurosidad conceptual y metodológica.⁷

Las *policies* y la política internacional tampoco han estado ajenos de la preocupación científica de Dieter Nohlen, especialmente sobre América Latina. La integración regional y las relaciones entre cambio de régimen y política exterior, por una parte, y las políticas sociales como resultados de los distintos regímenes políticos, por la otra, han sido objeto algunos de sus proyectos de investigación y materia de cursos, seminarios y coloquios que ofreció a sus estudiantes o a sus candidatos a doctor y magíster.⁸

III. Amplitud sustantiva: conocimiento y práctica de la política

Así de “amplia” ha sido la preocupación de Dieter Nohlen como profesor en esta antigua universidad. Ha cubierto todas las áreas de su asignatura.

Pero la amplitud de la ciencia política es más que el conjunto de sus materias, de sus teorías y de sus métodos. También incluye la compleja relación entre el tipo de conocimiento y el objeto del conocimiento: entre la política como ciencia y la política como actividad.

⁷ Véase “El contexto hace la diferencia. Reformas constitucionales y enfoque histórico-empírico” (ed. por Claudia Zilla), FCE, México, 2003. También véase “Institutionelle Ansätze und die Presidentialismusdebatte in Lateinamerika – Die Heidelberger Schule und der historisch-empirische Ansatz” (Enfoques institucionales y el debate sobre el presidencialismo en América Latina. La Escuela de Heidelberg y el enfoque histórico-empírico), en: *Lateinamerika Analysen* 7, Februar 2004, pp. 89-120.

⁸ Véase “Demokratie und Außenpolitik in Lateinamerika” (Democracia y política exterior en América Latina) editado junto a Mario Fernández y Albert van Klaveren, Leske+Budrich, Opladen, 1991; y “Economy, State and Social Policy in Latin America” (con Mario Fernández) en: *Law and the State*, Tübingen, 41, 1990, pp. 73-98 (versión original en alemán, en: Manfred Schmidt (ed.): *Staatstätigkeit*, PVS, Sonderheft 19, 29. Jg. 1988, pp. 406-437).

Así entramos en un campo en el que la mayoría de los politólogos de los últimos tiempos prefieren los desvíos. En esa fuga, la ciencia sería hermosa porque es neutra, objetiva y libre; la política sería repulsiva porque coarta, corrompe y esclaviza. Sería mejor, entonces, mirar la política de lejos –sólo estudiarla sin tocarla– y saber de ella por vías indirectas, para no infectarse y no desacreditarse.

En un libro muy reciente de un politólogo alemán se lee:

La ciencia que se acerca demasiado a la política corre el peligro de perder su carácter científico; y aquélla, sobre todo la ciencia política, que si se aleja demasiado de su objeto y si la mira sólo con desdén, no podrá evitar perder sus posibilidades de influencia y orientación. Es difícil encontrar la posición correcta y forma parte de la idiosincrasia de una ciencia práctica el que no sea posible la determinación de una posición ideal.⁹

Respecto de la política observamos una relación curiosa entre el profesional científico y su profesión.

Es difícil imaginar médicos lejos de las clínicas, juristas lejos de los tribunales, arqueólogos lejos de las ruinas, incluso los astrónomos luchan por estar más cerca de las estrellas. Los politólogos, sin embargo, tienden a observar su objeto, su único y exclusivo objeto de conocimiento, la política, desde lejos.

¿Cómo explicar tal paradoja?

En primer lugar, efectivamente, la política es intrínsecamente distinta como objeto científico y como actividad desde el punto de vista de sus ejecutantes. No todos los médicos, pero sólo los médicos, atienden pacientes en un hospital. Lo mismo vale para los juristas en los tribunales y para los ingenieros en sus obras.

⁹ Herfried Münkler: “Geschichte und Selbstverständnis der Politikwissenschaft in Deutschland” (Historia e identidad de la ciencia política en Alemania), en: (el mismo autor como editor): *Politikwissenschaft. Ein Grundkurs* (Ciencia política. Un curso básico), Rowohlt, Reinbeck bei Hamburg, 2003, p. 45.

Pero para hacer la política no es necesario ser politólogo.

Por lo tanto, visto desde una responsabilidad corporativa, el politólogo no se siente parte ni responsable de la actividad política. De ahí a sentir distancia, desdén y hasta desprecio por tal actividad hay solo un paso. Desde su óptica de erudito (o aspirante a tal), o sea, desde quien sabe (o cree saber) cómo se debe actuar correctamente en la política, toda actividad práctica presentará algún error o deficiencia, lo que arrastrará consigo una evaluación negativa del político práctico o de las instituciones en las que aquél se mueve. De ahí que el análisis ex post conlleve el riesgo de no distinguirse de la crónica periodística, con el consiguiente interrogante sobre cuál sería la especificidad del análisis politológico y dónde reside su crédito científico.

En segundo lugar, tenemos el descrédito objetivo y latente de la política. La “mala fama” de la política, más allá de sus vaivenes coyunturales, forma parte de su esencia y por lo tanto de su definición. Como sabemos, este ingrediente negativo puede ser aparente, superficial, o transitorio, pero su efecto social es nocivo por el solo hecho de su aparición.

IV. Deber ser y ser de la política: poder y bien común

El deber ser y el ser de la política tienden a contrastarse porfiadamente.

Durante quince siglos las tradiciones aristotélica y maquiavélica, presentadas como la virtud versus la manipulación, han librado una lucha conceptual hasta ahora indefinida y, en gran parte, confusa sobre la noción de “política”, lo que ha distorsionado seriamente la seriedad de su estudio. La alternativa de presentar como antagónico o excluyente lo normativo frente a lo empírico ha sido un camino usual, pero cómodo, para separar ambas visiones sin daño para ninguna de ellas, abriendo la posibilidad de admitir una u otra como correcta o atendible a partir de una posición teórica o epistemológica.

Desafíos, Bogotá (Colombia), (14): 384-397, semestre I de 2006

De acuerdo a ese camino, lo normativo se inclinaría por la tradición aristotélica, y lo empírico por la tradición maquiavélica. Pero esa vía es demasiado simple, además de errónea, para afrontar un problema tan complejo.

En verdad, Aristóteles era también empírico y Maquiavelo también normativo. Esta aparente paradoja se explica no sólo porque ambos autores se preocuparon de temas distintos, y por ello no son comparables entre sí, sino porque, en esencia, lo normativo y lo empírico son inseparables, son parte de un todo.

Así ya lo advirtieron hace décadas los dos “padres fundadores” de nuestro Instituto de Heidelberg con sentencias cortas y precisas. Carl J. Friedrich escribió: “Los valores son, dicho con otras palabras, hechos como cualesquiera otros”.¹⁰ Por su parte, Dolf Sternberger nos dejó esta hermosa conclusión:

Todavía no se ha podido contestar cuál es la verdadera política. La pregunta es falsa. No puede existir una verdadera política, sino sólo una buena. Mejor dicho: El verdadero concepto de la política es el concepto de la buena política.¹¹

Y Klaus von Beyme, el primero de la segunda generación de profesores de nuestro Instituto, resume en esa misma tradición las actuales tendencias de este problema:

Puede advertirse a la luz de las experiencias de la historia de la ciencia una distancia menor entre el deber ser normativo y el ser elaborado analíticamente. Los empíricos envidian cada vez más la longevidad de las teorías normativas y después que las teorías científicas empírico-analíticas han abandonado la tesis proclamada durante décadas que la Filosofía Política estaría muerta, han descubierto lo efímero de la investigación empírica.¹²

¹⁰ Carl J. Friedrich: “El hombre y el gobierno. Una teoría empírica de la política”, Ed. Tecnos, Madrid, 1968, p. 71.

¹¹ Dolf Sternberger: “Drei Wurzeln der Politik” (Tres raíces de la política), Insel Verlag, Frankfurt a. M., 1978, p. 440.

¹² Klaus von Beyme: “Politische Theorie” (Teoría política), en: D. Nohlen (ed.): “Kleines Lexikon der Politik” (Pequeña enciclopedia de la política), Beck, München, 2002, p. 409.

¿Por qué, entonces, la política práctica pareciera ser mala, si debiera ser buena?

¿Será porque los politólogos no son políticos, o porque la política no se rige por los códigos de la politología?

Lo inseparable de lo normativo y de lo empírico de la política radica en un rasgo de su esencia. La política sufre de un dualismo conceptual férreo, una especie de “pecado original”, en torno al cual se define su grandeza o su pequeñez, en cada lugar y en cada minuto: poder y bien común.

Ambos conceptos pueden tener distintas denominaciones, pero aparecen unidos en todas las definiciones de política, como ésta, muy precisa, publicada en el Wilkens Evangelisches Staatslexikon:

La política es la dirección del bien común sobre la base del poder.¹³

Convengamos en que, separados, ambos conceptos alteran su sustancia. Poder sin bien común es abuso, pura dominación, fuerza, en consecuencia, el mal desnudo. Bien común sin poder es mero deseo, sólo convicciones, sólo ilusiones, el bien impotente.

Así, el equilibrio entre poder y bien común se define en millones de particularidades en cada fenómeno político bajo estudio, aunque apareciendo uno y otro en la superficie, sucesivamente. En aquel proceso, siempre está latente la percepción de que el poder prevalece sobre el bien común, no sólo porque parece ser más fuerte —a mi juicio es lo contrario— sino porque produce más impacto y temor.

V. Saber y poder: la búsqueda de la verdad y el espacio de lo posible

Los politólogos, en consecuencia, por su sola intervención práctica, no pueden salvar a la política de su “pecado original”, ni de su

¹³ Citado en Thomas Meyer: “Was ist Politik” (Qué es Política), Leske + Budrich, Opladen, 2003, p. 43.

apariencia negativa. Desde luego porque, como toda persona, ellos no están exentos de su propio pecado original –mas ése es otro tema–¹⁴ pero, además, porque los politólogos están provistos de un instrumental profesional distinto del instrumental propio de la política práctica. Recordemos la advertencia de Max Weber en 1917, en la primera de sus dos legendarias conferencias de München, *Wissenschaft als Beruf* (Ciencia como vocación):

La política no pertenece al aula, no pertenece allí por parte de los estudiantes... pero la política tampoco pertenece allí por parte del docente. Y menos aún cuando éste se ocupa de la política de forma científica, pues las posiciones práctico-políticas, por una parte, y el análisis científico de estructuras políticas y de las posiciones de partidos, por la otra, son dos cosas muy diferentes.¹⁵

Digamos que cuando el politólogo ingresa a la política práctica debe ingresar a la lógica de ésta, especialmente la de sus actores.

Estamos hablando del tránsito completo, desde la universidad al gobierno o al parlamento, desde la academia a un partido, desde el mundo de la verdad al mundo de lo posible, desde la reflexión a la acción, desde el convencer al vencer, desde rodearse de libros a rodearse de gente, desde la libertad a la dependencia, desde el juicio de los pares al juicio del pueblo, desde la conferencia al discurso.

Este paso no garantiza mejorar per se la política, menos alterar su lógica. Y aunque probablemente la política ganará en calidad si el politólogo resulta ser un buen político y si sus conocimientos científicos los emplea adecuadamente, esa misma sabiduría puede ser perjudicial, si produce confusión cuando la tensión entre lo que debiera hacerse y lo que puede hacerse resulta muy fuerte.

El saber, entonces, no garantiza el buen gobierno. Incluso la famosa definición de Platón “el único gobierno verdadero es aquél en que

¹⁴ Véase Catecismo de la Iglesia Católica de 1992, N° 386 y ss.

¹⁵ Para el texto en alemán de Weber véase: “*Wissenschaft als Beruf*”, Reclam, Stuttgart, 1995, pp. 28–29. Véase versión en español, aunque con traducción distinta a la usada en esta conferencia: *El político y el científico*, con introducción de Raymond Aron, Alianza Editorial, Madrid, 1969, 2ª edición, p. 211.

los gobernantes poseen la ciencia” fue relativizada, según señala Sabine, por el propio sabio griego, agregando que tal gobierno sería demasiado perfecto para los asuntos humanos.¹⁶

Existe, sin embargo, una situación intermedia para combinar la sabiduría y la práctica políticas. Se trata de no pasar completamente de un dominio a otro, con el riesgo de no retorno y de la desgracia para los sistemas y las personas, manteniendo el status del científico y transmitiendo el conocimiento hacia los que actúan en la política a través de lo que hoy se denomina asesoría –o sea una actividad directa con quien decide– o mediante la participación en los think tanks, de partidos y parlamentos, y también por divulgación en los medios de comunicación de opiniones con base científica sobre problemas de la política práctica.

Estas actividades son tan antiguas como el mundo y de su ejercicio han surgido muchas de las más célebres obras de la ciencia política. Aristóteles, Maquiavelo o Locke pusieron en el papel sus experiencias como consejeros políticos y otros tantos formularon en obras sus observaciones directas sobre el cómo se toman las decisiones. Giovanni Sartori ha descrito con singular brillo esta antigua práctica según aparece en nuestros tiempos:

En esencia, el problema consiste en cómo el saber (el que sabe) se relaciona con el poder (el que manda). Las combinaciones posibles son cuatro: 1) poder sin saber; 2) saber sin poder; 3) los que saben tienen también el poder, y 4) los que tienen el poder también saben.

Hasta el advenimiento de la sociedad industrial, las coincidencias entre la clase política y la clase teórica fueron esporádicas, y sus connubios, marginales. Los que tenían el poder, poco o nada sabían; y los que sabían, poco o nada podían. Esta separación disminuye con el advenimiento de la sociedad tecnológica y mucho más con la sociedad tecnocrática. Ello supone que el poder se ve ahora multiplicado por el saber, o, viceversa, que el saber está dotado de poder.¹⁷

¹⁶ George Sabine: “Historia de la teoría política”, FCE, Bogotá, 1992 (2ª reimpresión), p. 65.

¹⁷ Giovanni Sartori. 1984. La política. lógica y método en las ciencias sociales. México: FCE, 328.

Volviendo a nuestra preocupación inicial sobre la “amplitud” de la ciencia política podemos concluir, entonces, que ella también abarca la relación entre la política como ciencia y la política como actividad, y que ambas dimensiones deben observarse según su propia lógica. La falta de claridad sobre este punto ha conducido a muchos politólogos a confundir su objeto de conocimiento –la política– con el estudio de la propia ciencia. Así, en algunos, el cultivo de la ciencia para ser el “estudio de otros estudios”, los análisis terminan siendo “análisis de otros análisis”, perdiendo de vista los verdaderos hechos de la política a los que teóricamente se refieren.

VI. Nohlen como científico práctico

Esta dimensión más compleja de la “amplitud” de la ciencia política ha tenido en Dieter Nohlen un claro exponente.

En toda su extensa trayectoria académica Nohlen nunca ha estado en la política práctica, pero siempre la ha observado de cerca. Sin abandonar su posición de científico, siempre comprendió el mundo de la política y de los políticos. Defendiendo con tenacidad sus teorías y conclusiones científicas, “se ha puesto en el lugar” de los políticos que no las aceptaron por inviables o impracticables en sus delimitados contextos. Como él siempre ha tenido respeto por los políticos –y conoce a muchos y muy importantes–, ha gozado también del respeto de aquellos.

Dieter Nohlen ha contribuido con sus conocimientos a la reforma electoral de muchos países, especialmente en América Latina y la Península Ibérica. En casi todos ellos, el debate sobre los sistemas electorales formó parte de las transiciones desde los autoritarismos a las democracias, sobrepasando el sesgo técnico y abstracto que le es propio, y adquiriendo una connotación política de enorme trascendencia. En esa tarea Nohlen no sólo confrontó sus teorías con los diseñadores de las instituciones y los políticos llamados a ponerlas en movimiento, sino también con los grandes especialistas, como Maurice Duverguer y Giovanni Sartori. Con el primero polemizó respecto a los efectos de los sistemas electorales en sus sistemas

Desafíos, Bogotá (Colombia), (14): 384-397, semestre I de 2006

de partidos, especialmente sobre España en los inicios de su transición, y con el segundo sobre los límites de la ingeniería electoral en las múltiples transiciones después de 1989. Como se ve, el nivel científico se puede combinar con la visión puesta en los temas concretos de la política práctica.¹⁸

Quizás el mejor ejemplo que podemos elegir para demostrar este servicio práctico del trabajo científico de Dieter Nohlen es su original aporte del doble criterio para clasificar los sistemas electorales: la decisión y la representación. Ya en 1969, en su “Introducción a la sistemática electoral” al libro *Wahl der Parlamente und anderer Staatsorgane* (La elección del Parlamento y de otros órganos de Estado), editado por Sternberger y Vogel, Nohlen escribió:

El principio de decisión (mayoría relativa o absoluta y cuota proporcional) y el principio de representación (relación entre votos y mandatos) pueden apartarse uno del otro.¹⁹

Treinta y cinco años más tarde, en su tercera edición de “Sistemas electorales y partidos políticos”, su formulación sobre el mismo tema es la siguiente:

Tradicionalmente, la representación por mayoría y la representación proporcional han sido definidas de la manera siguiente: se habla de representación de mayoría cuando el candidato es elegido por haber alcanzado la mayoría (absoluta o relativa) de los votos. Por otra parte, la representación proporcional se da cuando la representación política refleja, lo más exactamente posible, la distribución de los votos entre los partidos. Ambas definiciones en sí mismas son absolutamente correctas, pero no son simétricas. Por una parte, se refieren a la regla o principio decisorio y, por la otra, al resultado electoral, o sea, al modelo de representación.²⁰

En las tres décadas y media transcurridas entre estas publicaciones, el mundo político cambió profundamente, especialmente en la ex-

¹⁸ Véase el libro ya citado “El contexto...”, (2003), cap. IV, V y VI.

¹⁹ Dolf Sternberger y Berhard Vogel (comps.): “Wahl der Parlamente und anderer Staatsorgane” La elección del Parlamento y de otros órganos del Estado) Tomo 1, Europa, Gruyter & Co., Berlín, 1969, p. 39.

²⁰ Dieter Nohlen: *Sistemas electorales y partidos políticos*, FCE, México, 2004, 3ª. edición revisada y aumentada, pp. 93–94.

tensión de la democracia y, por lo tanto, de las elecciones competitivas. Sin embargo, esta afirmación teórica de Nohlen no se alteró. Todo lo contrario, se fortaleció a la luz de tales procesos.

En efecto, en cada sistema electoral nuevo o reformado que se establece lo que importa a los actores es la representación, y si ellos creen que tal objetivo se logrará automáticamente a través de un sistema de decisión correspondiente, proporcional o mayoritario, pueden equivocarse completamente. ¿Por qué? Porque entre el procedimiento elegido y los efectos de representación resultante intervienen muchos factores –fijos o contextuales– que distorsionan la correspondencia, tanto mayoritaria como proporcional, especialmente de este último. Así, un sistema de decisión proporcional –como el de cifra repartidora D’Hondt, por ejemplo– puede conducir a una representación mayoritaria, como ocurrió en España en 1989, cuando el PSOE con un 39,5 % de los votos obtuvo el 50% de los escaños.

Este aporte de Dieter Nohlen ha sido un descubrimiento en la ciencia política, consagrado por la evidencia empírica. Y, como todo descubrimiento científico, ha debido abrirse paso entre la incompreensión, indiferencia y hasta envidia de algunos especialistas que aún insisten en clasificar los sistemas en los dos tipos clásicos –mayoritarios y proporcionales– sólo a partir de su procedimiento de elección (cómo se elige), y sin considerar el efecto de representación (cuántos se eligen).

VII. Reflexión final

Señoras y señores:

La ciencia política y la política pueden convivir armónicamente, respetándose mutuamente, en la teoría y en la práctica.

La obra y persona de Dieter Nohlen han encarnado esa posibilidad.

Con su dedicación científica, como docente y como investigador, ha contribuido a que la verdadera política fuera, como lo propuso su maestro Dolf Sternberger, una “buena política”. Habría que agregar, una política democrática.

Desafíos, Bogotá (Colombia), (14): 384-397, semestre I de 2006

En ese empeño lo he visto como testigo personal durante 30 años.

Primero durante la segunda mitad de los 70, en la antigua sede del Instituto en la Hauptstraße 52, enseñando teorías del desarrollo y sistemas electorales en seminarios y coloquios tumultuosos, con atmósfera del 68, con fantasmas autoritarios y utopías democráticas. Luego, ya instalados en la Marstallstraße, lo recuerdo recorriendo la entonces dictatorial América Latina, acompañando y sosteniendo una ciencia política regional tan heroica como productiva, sobreviviendo en instituciones semi-clandestinas, con eventos académicos tan presionados como motivadores, y ejercida por colegas tan rigurosos como valientes. Después, en los 90, cuando yo di el paso –aunque con retorno– a la política práctica, conté siempre con su opinión delicada y respetuosa, sin ningún alarde de seniority.

Dieter Nohlen se retira de su cátedra fiel a la tradición de esta antigua universidad a la que tanto quiere. La fórmula de Jaspers –“Heidelberg como *modus vivendi* espiritual”– la ha vivido a su manera y la ha divulgado entre sus discípulos y entre colegas en muchas partes del mundo.

Para sucederlo, su Universidad, nuestra Universidad, exige representar la asignatura Ciencia Política en su amplitud. ¡Y qué amplitud!

Muchas gracias.